
TRADICION Y MITOS EN EL SOCIALISMO ESPAÑOL

F. Páez-Camino Arias

XXIX CONGRESO...



Acercarse, con simpatía aunque sin renunciar al sentido crítico, a la historia del pensamiento socialista español suele constituir una experiencia que, por supuesto, no está exenta de interés ni de ciertos estímulos intelectuales, pero cuyo balance final es irremisiblemente insatisfactorio.

Las peculiaridades del socialismo hispánico

Es ya casi un lugar común, fuera de los ambientes que gustan de cultivar el mito más allá de la razón, hacer referencia a la *pobreza teórica* y, como complemento de ella, al *doctrinarismo* de nuestro primer socialismo. El pensamiento marxista fue recibido en España a través de una cadena de simplificaciones y empobrecimientos cre-

cientes cuyos eslabones estuvieron constituidos por las *vulgarizaciones* que Engels hiciera de los planteamientos marxistas (esencialmente en el *Anti-Dühring*), por la esquematización que Jules Guesde hizo a su vez a la versión engelsiana del marxismo y, finalmente, por la peculiar asunción que casi todos los primeros socialistas españoles

(Pablo Iglesias a la cabeza) hicieron de las tesis guesdistas. Al final, lo que nos llegó aquí, bajo la taumatúrgica etiqueta de socialismo científico se acercaba más bien al recetario autosuficiente o al catecismo bienintencionado.

Cabe preguntarse si pudo ser de otra manera: si el grado de madurez social, ciertamente escaso, de la clase obrera española hacía posible otra cosa; si la incompleta y atormentada andadura de nuestra *revolución burguesa*, recién atravesadas las incertidumbres del sexenio democrático, podía acaso permitir un ascenso de las clases populares que se expresara a través de un pensamiento socialista original y lúcido. Probablemente no. Probablemente la pobreza teórica de nuestro socialismo es una consecuencia, o una manifestación, de la debilidad histórica de nuestra clase obrera, fruto a su vez de la fragilidad de nuestra revolución industrial.

Algunas consideraciones podrían, sin embargo, cuestionar, al menos en parte, la ineluctabilidad de tal servidumbre. Por una parte, el retraso socio-económico de España explicaría la inexistencia en ella de pensadores parangonables a un K. Kautsky, una R. Luxemburg, un O. Bauer o un J. Jaurès; pero ya no estaría tan claro el por qué no han prosperado por estos lares los Plejanov o los Lenin, los Labriola o los Gramsci, cuando nuestra realidad no ha sido a finales de siglo pasado y primeros decenios de éste tan distante de la de Rusia o Italia. Por otro lado, y sin que esto signifique compartir ningún tipo de visión épica de nuestra lucha de clases, no deja de ser sorprendente comparar la muy notable combatividad —y podríamos decir incluso intuición política— de que han hecho gala las clases populares españolas con el mediocre panorama intelectual que han ofrecido sus líderes.

**Lo que nos llegó aquí
bajo la etiqueta de socialismo
científico se acercaba al recetario
autosuficiente o al catecismo
bienintencionado.**

El caso es que un repaso atento de las empresas intelectuales de nuestro socialismo puede descubrirnos, aquí y allá, iniciativas que han apuntado hacia

la superación de esas limitaciones doctrinarias aunque, a la postre, éstas han terminado imponiéndose y dando el tono que el socialismo español ha conservado durante todo el primer tercio de nuestro siglo. Sería probablemente vano buscar destellos de originalidad o de cierta consistencia teórica en el socialismo *utópico* español, entre los focos de seguidores de Fourier en Cádiz o de Cabet en Barcelona; más interés tendrían, en cambio, los elementos de análisis histórico del problema social contenidos en las tesis de Pi y Margall. Pero el venero de un pensamiento socialista más crítico y más en contacto con los textos marxistas originales arranca fundamentalmente de Jaime Vera.

Mientras lo esencial del primer núcleo socialista español se alimentaba, en buena parte a través de la estancia de José Mesa en París desde 1874, de los esquematismos guesdistas, así como de la actividad *vulgarizadora* de Paul Lafargue (sin hacerse gran eco, por cierto, de los conatos de originalidad que éste mostró en alguno de sus trabajos), Jaime Vera daba con su *Informe a la Comisión de Reformas Sociales* una muestra de flexibilidad doctrinal y capacidad de juicio que podría haber constituido, en suma, el inicio de otro estilo de pensamiento socialista. Decir que el *Informe* es el *documento teórico más importante del marxismo español del XIX* no es decir mucho, habida cuenta del panorama que ofrecen los escritos socialistas coetáneos, y habría que recurrir probablemente a escritos posteriores del propio Vera para volver a alzar un poco el vuelo del pensamiento de resonancia marxista en España¹. Ya en el Informe de Vera aparecen, más o menos explícitos,

temas que serían decisivos a la hora de analizar las carencias del socialismo hispánico: la función social y el papel ideológico de los intelectuales; una tentativa de captación de la especificidad de la revolución burguesa española, con las implicaciones que esto conlleva en el tema de la alianza con los republicanos, presuntos representantes de las clases medias; y, en suma, un conjunto de reflexiones donde late, junto a los ecos del pensamiento de Marx y de Jaurès, la lúcida voluntad de pensar por sí mismo la propia realidad española.

Seguir el rastro de esta orientación creativa nos conduciría al quehacer de Antonio García Quejido y su revista *La Nueva Era*, entre 1901 y 1902, o a la *Escuela Nueva*, que desde 1910 impulsó

Manuel Núñez de Arenas con la colaboración del propio Vera, ya en su enfermedad y voluntariosa madurez. Pero sería vano desprender de esos ensayos y ex-

periencias parciales el carácter general del movimiento socialista, de tal forma que cuando se habla de «la dimensión alicorta y provinciana en que se mueve la teoría socialista en la España del primer tercio de siglo»² no resulta fácil encontrar elementos para contradecir tan dura afirmación.

Naturalmente, el tema de la penuria intelectual no se agota en el puro campo de la teoría, sino que tiene vivas implicaciones en el terreno de la actividad política. Cuatro rasgos negativos (entrelazados, a veces íntimamente con otros muchos positivos) nos pueden servir para caracterizar la práctica del socialismo español, al menos hasta la proclamación de la Segunda República.

Para empezar está lo que podríamos llamar la *tentación del corporativismo*, situación que no es privativa del PSOE y que se produce también en otras formaciones socialistas europeas con anterioridad a la primera guerra mun-

dial, muy particularmente —y salvadas todas las distancias— en el SPD. El del socialismo español sería, naturalmente, un corporativismo *a lo pobre* pero donde se daría igualmente esa tendencia a formar una contra-sociedad de «obreros conscientes de su clase» que defiende celosamente sus conquistas, destila su propia moral (a menudo, como no podía ser menos, claramente inspirada en la moral burguesa dominante) y cultiva con emocionada fe sus ritos y sus mitos.

A ello se une el tema de la *difícil relación con los republicanos*, consecuencia, por un lado, del espíritu de secta que manifiesta con frecuencia la organización socialista, y fruto, asimismo, del propio esquematismo ideológico que convierte la lucha de clases en el

El tema de la penuria intelectual no se agota en el campo de la teoría, sino que tiene implicaciones en el terreno de la actividad política.

enfrentamiento del proletariado y la burguesía, del bien contra el mal, en definitiva. Aquí se entremezclan dos problemas: el de la insensibilidad ante

el fenómeno de las clases medias (cuya existencia se ignora o se admite para afirmar seguidamente que éstas habrán de polarizarse en torno a uno u otro de los dos bandos sociales en lucha) y el mecanicismo que considera que toda formación política es la traducción literal de unos intereses sociales³. Esta falta de una política coherente de alianza con el republicanismo —que ya fue criticada por Vera y constituyó, junto con la forma de llevar *El Socialista*, la razón fundamental de su distanciamiento del Partido en la segunda mitad de los años ochenta— resulta particularmente grave si se tiene en cuenta que republicanos y socialistas operaban sobre bases sociales bastante semejantes, sobre todo en los medios urbanos.

Cabe pensar que, si una política de mayor confianza histórica en sus propias fuerzas por parte del socialismo hubiera dado lugar a un acercamiento

sólido a las corrientes republicanas, se habría acelerado la construcción de un bloque social alternativo al bloque dominante que monopolizaba el Estado monárquico de la Restauración. Por otra parte, habría tenido lugar una fecundación mutua de ideas entre el republicanismo y el socialismo, posibilidad nada desdeñable si se tiene en cuenta el caudal intelectual y moral que el republicanismo representó hasta los años treinta de nuestro siglo (caudal que, por cierto, el PSOE de nuestros días parece haber hecho suyo en buena parte).

Otro rasgo sería el de la continúa tensión entre el *reformismo que es práctica y el maximalismo que se propugna*. Cuando se analizan las corrientes ideológicas que se desarrollan en las formaciones socialistas en la época de la Segunda Internacional, cuesta mucho trabajo encasillar al PSOE entre los *reformistas* o los *revolucionarios*, del mismo modo que resulta difícil detectar en él corrientes claras de uno u otro signo; y, en definitiva, se pueden encontrar coexistiendo elementos de autodefinición ideológica que van desde el más radical de los maximalismos hasta el más conservador empirismo. Paul Preston lo ha resumido de forma un tanto abrupta pero no exenta de verdad esencial: «el pablismo fue una mezcla de ideología revolucionaria y de táctica reformista»⁴. Y es que, sin duda, cuando el pensamiento no acierta a ser un instrumento de análisis aplicado a una realidad concreta y cambiante, la revolución queda relegada a la esfera de lo verbal y su invocación sirve de coartada o de exorcismo. ¿Pueden considerarse, por cierto, como revolucionarias las sacudidas casi defensivas de 1917 ó 1934? Las condiciones de su realización y los resultados a que dieron lugar no parecen refrendarlo, aunque la respuesta a los porqués de tales acontecimientos requeri-

ría, sin duda, un comentario detenido que hablaría de las torpezas, pero también de las lealtades, de nuestro socialismo.

Finalmente cabe mencionar la *raigambre burocrática* que es, en el fondo, una consecuencia inevitable de todo lo anteriormente dicho. Hasta qué punto el sindicalismo ugetista es responsable, por sus carencias, de la proliferación del anarco-sindicalismo, o hasta qué punto uno y otro son, una vez más, consecuencias de nuestro proceso de desarrollo histórico es un tema difícil de zanjar. Lo que parece cierto es que la burocracia socialista, y muy particularmente la burocracia del sindicalismo socialista, no ha sido ajena a las limitaciones, intransigencias y alguna que otra malandanza del socialismo español.

El peso de la tradición: el papel de los mitos

El PSOE tiene a gala enorgullecerse de su historia centenaria. Y ello puede ser incluso un estímulo positivo si al orgullo acompañan el conocimiento y la crítica; es decir, si la tradición que se invoca permite que el análisis histórico se imponga sobre el narcisismo simplificador y, claro está, si esa tradición no constituye un obstáculo, sino un acicate, para la renovación. Hasta qué punto una cierta forma de entender la *tradición*; la *fidelidad a los principios*, etc., significa un desafío a la honestidad intelectual y una espada de Damocles permanentemente pendida sobre la imaginación renovadora no es algo que estemos en condiciones de valorar globalmente aquí, pero sí quisiéramos trazar unos rasgos al respecto.

Para empezar convendría poner en duda la licitud de que una formación política, cualquiera que sea, se convierta en depositaria exclusi-

La burocracia del sindicalismo socialista no ha sido ajena a las limitaciones, intransigencias del socialismo español.

va del patrimonio de su propia historia. La andadura histórica del PSOE no es sólo la de todos aquellos cuantos militaron en algún tiempo en él, sino la

La ausencia de un pensamiento de raíz marxista, en Fernando de los Ríos, no supuso la renuncia a una lucha social y política tesonera.

del conjunto de nuestro pueblo, la de todos aquellos cuyo destino colectivo tuvo algo que ver con los avatares del socialismo español. En ese sentido los socialistas de hoy tienen algo mejor que hacer que asumir, defender o reencarnar la historia del PSOE; tienen, eso sí, el deber intelectual de conocer críticamente la historia del socialismo dentro de la historia global de nuestros pueblos y esa exigencia les atañe, ante todo, en cuanto ciudadanos conscientes y, en segundo lugar, como socialistas.

Aspirar a convertir a una organización en vestal de su propia tradición histórica es una pretensión torpe, pero es sobre todo, en muchos sentidos, una maniobra interesada. La puesta en pie de lo que alguno llama *iconografía socialista* tiene dos virtualidades: la creación de unos mitos para ofrecerlos a las generaciones futuras como modelo de virtudes y que, de acuerdo con un mecanismo parecido al de la comunión de los santos, proyectan su gracia moral sobre todos los integrantes de la comunidad, provocando en éstos sentimientos de autosatisfacción sin cuento; y, en segundo lugar, esos mitos constituyen un arsenal de piezas de gran funcionalidad en las divergencias intrapartidarias y, en torno a ellos, pueden articularse corrientes o dirimirse debates ideológicos. Todo ello a través de un proceso de simplificación que convierte a determinados líderes pasados del socialismo español ora en distantes personificadores de esencias eternas, ora en retóricos puntos de referencia para luchas de coyuntura.

Encontramos así mitos de lo que podríamos llamar la *derecha* del socialismo español, y ése sería el caso,

fundamentalmente, de Julián Besteiro y Fernando de los Ríos. Los factores que les hacen acreedores de la etiqueta derechista son, muy probablemente, el

que estos intelectuales no adoptaron, sino de forma muy localizada, una perspectiva marxista de análisis de la realidad social y que su actividad socioprofesional no podía por menos que situarles en una esfera distante de las realidades obreras. Es frecuente considerarlos como los inspiradores de un socialismo de raigambre *humanista*, de voluntad reformista y hondamente democrática (y profundamente anticomunista, lo cual parece constituir, en el fondo, el principal de sus encantos).

En el reparto funcional de tareas dentro del panteón de hombres ilustres de nuestro socialismo, tienen así asignada Besteiro y de los Ríos una posición que tal vez se corresponda sólo parcialmente a lo que fueron y significaron. Dejando para otra ocasión el análisis de la significación de Besteiro, tenemos que subrayar aquí que la personalidad de Fernando de los Ríos es más rica y compleja de lo que pudiera parecer a primera vista y que, en su caso, la ausencia de un pensamiento de raíz marxista no supuso ni la renuncia a una lucha social y política tesonera ni la adopción de ninguna equívoca voluntad de abstencionismo cuando los tiempos históricos se tornaron sombríos. Fernando de los Ríos fue algo más que un «socialista de guante blanco» al que Lenin le hiciera un día la archiconocida (¿y comprendida?) pregunta de «libertad ¿para qué?». Su figura, con todas sus limitaciones, merece algo más que la devoción acrítica o la utilización retórica.

Un paso más hacia la izquierda, más cerca del ámbito del pragmatismo que del de la doctrina, en el terreno siempre escurridizo y a veces inencontrable del *centro*, se alza la notable figura de Indalecio Prieto. En efecto,

Prieto se constituyó, por su capacidad de trabajo, su intuición política y sus atisbos de lucidez, en una personalidad esencial del socialismo español, particularmente durante la Segunda República. Convertirlo en compendio de virtudes y fuente de inspiración esencial del proyecto socialista de hoy puede resultar, empero, excesivo. La pretensión existe, sin embargo, y en ese sentido parece apuntar Enrique Múgica en su artículo *Indalecio Prieto y el Partido Socialista*. En él se pasa una sucinta revista a lo más florido del plantel de socialistas ilustres:

«Estamos llegando al Partido Socialista, capaz de realizar el sugestivo proyecto animado por quienes nos precedieron.

Entre ellos destaca el magisterio fundamental de Pablo Iglesias, la tenaz búsqueda intelectual de Jaime Vera, el obstinado apasionamiento juvenil de Tomás Meabe, la paradigmática tolerancia de Julián Besteiro, el humanismo inquebrantable de Fernando de los Ríos, la clara reciedumbre de Francisco Largo Caballero y el creador sentido político de Indalecio Prieto.

Todos ellos al servicio de España y de la clase trabajadora fueron acumulando el espléndido legado que hemos recibido...»⁵

Y, de entre todas las flores de este espléndido manojo, es escogida en particular la de Indalecio Prieto del que se encomian, junto a su españolismo, sus brillantes iniciativas administrativas y su saludable desconfianza hacia los nacionalistas vascos, su adhesión a un sistema de economía mixta alejado de «una desafortunada política de nacionalizaciones a ultranza», y su angustiada condición de víctima de las intrigas comunistas durante la guerra civil. Prieto cuenta, además, con la simpatía de destacados historiadores anglosajones de esa estirpe liberal progresista —el ca-

so más claro, seguramente, es el de Gabriel Jackson—, que ven en él la encarnación de un socialismo posibilista y reformador que podría haberse convertido en el alma de la Segunda República. La pretensión no es descabellada pero, en última instancia, conviene saber por qué ello no fue posible, sin recurrir a explicaciones basadas en perversas conspiraciones o en interpretaciones psicologistas.

Por lo que se refiere a la cristalización de una *izquierda* socialista española a raíz del final de la experiencia del primer bienio republicano en 1933, el tema ha sido ya abordado, a veces con notable lucidez y rigor⁶. Ello no ha impedido, sin embargo, la permanencia del mito *caballerista* que hace que muchos de cuantos quieren y promueven el desarrollo de un socialismo de corte radical y de voluntad revolucionaria consideren a Francisco Largo Caballero como un inspirador de su empresa, y a la actividad de Luis Arquistain y su revista *Leviatán* como una fuente de aprovisionamiento ideológico. En este caso la aceptación acrítica del mito de la izquierda del PSOE puede ser particularmente grave; o, visto desde otra perspectiva, la revisión del mito podría ser muy saludable para evitar la repetición trágica de errores, carencias y vacuidades.

Desde finales de 1933 había en la sociedad española razones objetivas para una radicalización de las bases sindicales del socialismo, razones que podían ir desde el temor a un acrecentamiento de la influencia anarco-sindicalista, a la insatisfacción por la timidez de la política agraria de la República (o de su incapacidad para frenar el avance de la reacción), pasando por los ecos que en España tuvieron los aconteci-

mientos de la Alemania de Hitler o la Austria de Dollfuss.

Pero la existencia de razones para una radicalización no significa que podamos valorar positi-

**La aceptación acrítica
del mito de la izquierda
del PSOE
puede ser particularmente
grave.**

vamente la forma y los contenidos que ésta adoptó. Para empezar, el caballerismo no supuso ningún tipo de transformación del modelo organizati-

Leviatán es un buen testimonio histórico y es, no lo ignoremos, la expresión de una desoladora carencia.

vo socialista, y ello no es extraño porque sus principales promotores eran los componentes de una burocracia sindical radicalizada. Por otra parte, esa *bolchevización* verbal se hizo desde la perspectiva de una «fidelidad a los principios de siempre», añadiéndose al tradicional dogmatismo reduccionista unas dosis de determinismo providencialista o de caudillismo, encarnado en la figura de Largo Caballero. En conexión con ello este radicalismo adoptó un aire esencialmente negativo: incapaces de tomar insurreccionalmente el poder (fuera del ámbito de los excesos verbales), los caballeristas jugaron la baza de no participar tampoco en él, ampliando hacia el propio sector prietista de su partido el rechazo hacia los republicanos *burgueses*. En ese sentido participaron en la nada despreciable responsabilidad histórica de dificultar una vía reformista de desarrollo del régimen republicano, sin saber tampoco poner en pie una alternativa revolucionaria al mismo. En efecto, la izquierda socialista, cuyo desarrollo fue fruto —entre otras razones— del proceso de fascistización de la derecha europea en los años de la crisis, no supo ver el peligro real que suponía el fascismo y la amenaza de involución reaccionaria que pesaba sobre la democracia española.

Hablando de la izquierda socialista durante la República parece obligado mencionar a LEVIATAN, lo cual no deja de ser un tanto incómodo —pero seguramente ineludible— estando aquí como estamos en LEVIATAN (II época). Es ésta una de las revistas de más interés en la España de los años treinta, tal vez sólo comparable en cuanto a calidad con *Cruz y Raya* y, ya en la guerra, con *Hora de España*.

Dentro de nuestro páramo teórico, una revista donde junto a socialistas de diversas tendencias (aunque pronto desaparecerían los representantes de la

derecha y el centro) escribían miembros de otras corrientes de la izquierda y donde aparecen firmas como las de Trotski, Bauer, Laski o Reich, entraña un considerable atractivo que nos puede llevar casi al entusiasmo. Pero esto no debe ser obstáculo para ver también en la revista las ausencias y, sobre todo, su voluntad creciente de convertirse, de la mano del omnipresente Luis Araquistain, en el sustento teórico de la radicalización caballerista. En definitiva, LEVIATAN es un buen testimonio histórico (bastante impresentable, por cierto, si se le descontextualiza) y es, no lo ignoremos, la expresión de una desoladora carencia⁷.

Por una historia distinta

Algunos de quienes fueron miembros del Partido Socialista y tuvieron en algún momento un papel destacado en la historia parecen, sin embargo, condenados a yacer en las tinieblas exteriores, alejados de la veneración oficial de los socialistas de hoy. No es, ciertamente, cuestión de lamentarlo: ningún sentido tendría cambiar de mitos o ampliar el cupo. De lo que se trata, por el contrario, es de eliminarlos a todos, sustituyéndolos por el análisis crítico de los que significaron y personificaron los hombres y mujeres de carne y hueso luego mitificados.

Pero sí tendría algún interés averiguar las razones de la exclusión. Digamos que, en principio, ésta también tiene un carácter funcional: dar entrada a ciertos personajes en la colección a glorias de nuestro socialismo provocaría algún que otro revuelo, y pondría en peligro esa especie de co-

existencia pacífica basada en el equilibrio de las retóricas de distinto signo.

Al decir esto pensamos, ante todo, en un hombre sobre cuya figura pasan muchos socialistas como sobre ascuas: Juan Negrín. En otro lugar⁸ hemos intentado analizar las significaciones de este personaje incómodo y los porqués de su marginación iconográfica.

Hombre de Estado y no de secta, el más sólido, a no dudarlo, de cuantos el socialismo ha dado a nuestro país al menos hasta los años setenta, Juan Negrín tuvo, junto a la terrible desgracia de perder su apuesta optimista e inteligente con la historia, el inmenso coraje de estar lúcidamente *a la altura de*

las circunstancias, precisamente cuando esas circunstancias eran más trágicas. Sobre su formación personal y su talante, sobre su apertura de miras y

su sentido de la historia, podrían escribirse con sólidas razones —algunos lo han hecho— encendidos elogios; pero simultáneamente, Negrín ha sido agriamente atacado (y a veces proseramente calumniado) y no sólo por los que habrían de ser sus enemigos naturales, sino por muchos de sus propios compañeros de Partido. Es todavía hoy Negrín una figura de difícil aceptación en el inventario de socialistas ilustres, y es de suponer que lo que siga siendo mientras el inventario exista con las características presentes.

Quisiéramos citar también aquí, más que nada a título de ejemplo, a otro personaje, al que separan muchas cosas de Negrín, pero que comparte con él —y con muchos otros, desde luego— la característica de ser otra figura *non sancta* de nuestro socialismo: es Margarita Nelken. Bien es verdad que Nelken presenta una biografía poco propicia: era mujer, no era socialista de toda la vida, ni española de origen, ni *cristiana vieja* y, por si fuera poco, se afilió al PCE durante la guerra civil. No son

hoy muchos los que saben de su existencia, y ya van quedando pocos de los que la recuerdan. Nacida en Madrid en 1898, dedicada precozmente a la pintura y al periodismo, Margarita Nelken se interesó pronto por el tema de la condición social de la mujer en España, y con este título publicó un libro, lleno de atinadas observaciones, en 1919. A raíz de la proclamación de la República, y recién incorporada al PSOE, fue elegida diputada por Badajoz, siendo de las nueve mujeres que tuvieron escaño en la cámara durante la República, la única que lo consiguió en las tres legislaturas⁹.

Su actividad fue intensa y fuera del parlamento. Pronunció conferencias

Juan Negrín tuvo el inmenso coraje de estar lúcidamente a la altura de las circunstancias, precisamente cuando esas circunstancias eran más trágicas.

sobre la mujer en la vida política republicana (era partidaria de aplazar la concesión del sufragio a la mujer, por razones de oportunidad política), pres-

tó considerable atención al tema de los campesinos de Badajoz, sobre todo en 1933 (la derecha la acusó de promover los disturbios de Castilblanco), colaboraba habitualmente en *El Socialista* en una sección de comentario de la actividad parlamentaria titulada *Desde el escaño*, y no abandonó su contacto con el mundo del arte, siendo promotora de intercambios pictóricos con Francia. Su más sonado discurso parlamentario, el que pronunció a favor del dictamen sobre la *Ley de Confesiones y Congregaciones Religiosas*, el 28 de febrero de 1933, tiene nervio y gracia, así como algunas manifestaciones de erudición un tanto atropellada. Mujer radical, combativa y apasionada, probablemente un poco áspera, Nelken irritaba a mucha gente y eso lo expresan, casi en los mismos términos, Azaña («Esto de que la Nelken opine en cosas de política me saca de quicio. Es la indiscreción en persona», anota en su diario el 5 de enero del 32), como la prensa derechista («Lleva la señora Nelken la perturbación consigo», *El*

Debate, del 21 de octubre del mismo año). En realidad, la prensa reaccionaria no escatimó jugosas manifestaciones de su habitual lenguaje para agredir a la Nelken. Un ejemplo, tomado de *Informaciones*, del 7 de julio de 1934:

«El viejo rencor israelita, a lo español, encuentra en la diputada judía-alemana un agente activo y entusiasta. Cuando bailaba sardanas en Cataluña, para celebrar el despedazamiento de España, estaba saboreando una revancha racial, como si hubiera danzado sobre la tumba de los Reyes Católicos; baile de la venganza y el rencor, que hacía pensar en la danza bíblica ante la cabeza del Bautista. Pues esta mujer es la que encona las luchas sociales de Extremadura. La musa de los falsos campesinos con el puño en alto...»

Una mujer de la que un diario pro-fascista dice estas cosas bien se merece nuestra atención.

Próxima, primero, al sector caballero del PSOE, Margarita Nelken ingresó en 1937 en el PCE. El exilio la llevó sucesivamente a París, Moscú y México, en donde moriría en 1968, tras haberse integrado en la vida cultural y educativa mexicana.

Tradiciones que se invocan engoladamente frente a la razón renovadora, mitos de derecha, de centro, de izquierda, referencias incómodas que son mitos inefables... todo eso constituye una trama de la que el PSOE, centenario pero no arqueológico, tiene que saber distanciarse. No se pretenda que toda esa hojarasca es necesaria para dar continuidad histórica al socialismo español. Dejando de lado el asunto de los «cuarenta años de vacaciones» (que, como todas las verdades a medias, es mitad mentira... y mitad verdad), tenemos, de gozosa actualidad, el caso del PS francés. No ha precisado éste mantener la continuidad con la tradicional

organización socialista, ni mantener ininterrumpido el nexo con Jaurès o Blum, para ofrecer un proyecto de cambio a la sociedad francesa. El PS francés no necesita ser la continuación de la SFIO, ni habérselas —por ejemplo— con el fantasma de Guy Mollet, para significar lo que hoy significa; más bien al revés: su atractivo de hoy nace de un sistema de lealtades a las exigencias del presente, no de servidumbres historicistas.

En España el socialismo es el PSOE: eso parece cada vez más claro. En esa necesidad de ser joven siendo antiguo, de aprovechar las experiencias del pasado para serle fiel al presente, no hay que confundir la esencial memoria histórica con las retóricas paralizantes. La responsabilidad del socialismo con la sociedad española de los años ochenta es demasiado grande para permitirlo.

A los noventayochistas —ya que hablamos de mitos— se les ha adjudicado aquel lema de «amamos a España porque no nos gusta», lema que en alguna ocasión hizo suyo el mismo José Antonio, que tanto contribuyera a dificultar una España posible y amable. Pues bien, a nuestro socialismo podríamos aplicarle, invertida, una apreciación semejante: no nos gusta, los criticamos, porque en el fondo lo amamos, porque creemos que puede ser hoy la opción esencial de cambio para nuestros pueblos.

Para contribuir a que así sea hay que comprender que la fidelidad histórica está en el análisis crítico del pasado y no en su mitificación ejemplificadora. Abramos las ventanas de la reflexión histórica, sin afanes doctrinarios, sin

narcisismos colectivos, y tal vez consigamos barrer unas cuantas telarañas de esta vieja casa orientada hacia el futuro que es el socialismo español.

La fidelidad histórica está en el análisis crítico del pasado y no en su mitificación ejemplificadora.

NOTAS

¹ El *Informe* redactado por Vera fue entregado por la Agrupación Socialista Madrileña el 1 de diciembre de 1884 a la *Comisión de Reformas Sociales* presidida por Segismundo Moret.

La frase entrecomillada es de Tuñón de Lara, Manuel: *El movimiento obrero en la historia de España*, Madrid, Taurus, 1972, p. 284. De Tuñón puede confrontarse, sobre todo, para el tema que abordamos *Medio siglo de cultura española (1885-1936)*, Madrid, Tecnos, 1977 (3.ª ed.), capítulos 5 y 9. La producción historiográfica sobre nuestro socialismo anterior a 1917 empieza a ser apreciable, gracias a Antonio Elorza, Iris Zavala, Manuel Pérez Ledesma, Juan José Castillo, Maluquer...

² Cf. Villacorta Baños, Francisco: *Burguesía y cultura. Los intelectuales españoles en la sociedad liberal 1808-1931*, Madrid, Siglo XXI, 1980, p. 175.

³ Los ecos de estos planteamientos resuenan con fuerza durante la Segunda República, tanto en el reformismo aislacionista de Besteiro como en la aspiración obrerista que encarna Largo Caballero.

⁴ Preston, Paul: *La destrucción de la democracia en España*, Madrid, Turner, 1978, p. 12.

⁵ Múgica, Enrique: *Indalecio Prieto y el Partido Socialista*, en *Sistema*, n.º 36 (mayo 1980), pp. 107-121. La primera mitad del artículo está dedicada a un análisis de la *transición democrática* española y en ella puede leerse, por ejemplo:

«Mientras los comunistas modulaban bajo el nombre de Junta Democrática su proverbial canción, aunque ahora con algunos acentos distintos para atrapar ingenuos, oportunistas y ambiciosos, varios dirigentes socialistas a fines del mes de agosto se reunieron durante varias jornadas de incesante trabajo y comunicación, en el hostal Jaizkibel, de Fuenterrabía, y mirando al mar y meditando España, estudiaban las líneas maestras del pujante renacimiento de su Partido.» Como se ve, la figura de Indalecio Prieto da, en este caso, para mucho: se puede utilizar como pretexto para contar historias de buenos y malos, y sazonarlas con algunos toques de lirismo.

⁶ Cf. sobre todo Julia, Santos: *La izquierda del PSOE (1935-1936)*, Madrid, Siglo XXI, 1977.

⁷ Para un análisis de la revista, cf. Bizcarrondo, Marta: *Araquistain y la crisis socialista en la II República. LEVIATAN (1934-1936)*, Madrid, Siglo XXI, 1975.

⁸ Páez-Camino Arias, Feliciano: *Juan Negrín en nuestra historia*, en *Zona Abierta*, n.º 23 (enero-febrero 1980), pp. 129-138.

⁹ Cf. García Méndez, Esperanza: *La actuación de la mujer en las Cortes de la II República*, Madrid, Ministerio de Cultura, 1979. Cinco de las nueve diputadas que ocuparon escaño a lo largo de la vida parlamentaria de la República eran socialistas: además de Nelken, fueron Matilde de la Torre, María Lejárraga, Veneranda García Blanco y Julia Álvarez Resano.